

Ismael Cejas

Mérida, 2 de noviembre 2018



Cuando Gandhi decidió a principios del siglo XX despojarse de su vestimenta de estilo victoriano y vestir la túnica típica de su país, hecha de algodón y por sus propias manos, más que un símbolo de su nacionalismo fue una advertencia sobre lo que sería su comportamiento político. Un comportamiento que habría de sobrepasar las limitaciones impuestas por la cultura política del hinduismo y sorprendería a todo el puebo de la India seguidores o no de este gran hombre.

El *modus politicus* de Gandhi descansó sobre cuatro pilares fundamentales: A) La reforma social y la eliminación de las prácticas discriminatorias. B) La resistencia pacífica (*Satyagraha*) contra el poder colonial británico. C) La austeridad como forma de vida de la clase política; y D) El reconocimiento de los puntos débiles del individuo y de la nación.

Gandhi entendió como nadie lo hizo que cualquier intento por subvertir el poderío colonial de Inglaterra pasaba necesariamente por una unidad organizada de resistencia y ello sólo era posible si la India confesionalista se avenía a trabajar unida contra la metrópoli. Ahí, en esa comprensión y en el esfuerzo dedicado a conseguirlo radica la grandeza de este hombre.

Bajo la influencia de *Mahatma* Gandhi se logró, aunque por poco tiempo, la unidad entre hindúes y los musulmanes. El fallido pacto de Lucknow de 1916 fue una muestra de la habilidad política de Gandhi. Sobreponiéndose al odio acumulado entre los creyentes hinduistas y los seguidores de Mahoma, hábilmente fomentado por los británicos, con su política de “Divide y Vencerás”, logró sentar en la misma mesa al Congreso Nacional de la India y a la Liga Musulmana para acordar medidas favorables a la lucha indepen-

dentista. Denunciando la crueldad europea que empujaba a los ejércitos indios a luchar contra el Imperio Otomano (suerte de Vaticano para el mundo musulmán de ese entonces) en la Primera Guerra Mundial, donde los musulmanes de la India se veían obligados a matar musulmanes del Medio Oriente, logró hacerse respetar por los paisanos creyentes en Alá. Luchando contra su propia religión, segregacionista por excelencia, fue el único vínculo real entre el mundo musulmán y el hinduista o brahmánico. Ni siquiera el fogoso Ali Jinnah, máximo representante de la Liga Musulmana se atrevía a contradecir abiertamente al Mahatma.

Su inmensa visión de humanidad lo llevó a buscar el apoyo de los intocables para la política de no violencia y no cooperación. Desafiando a los pudientes y ortodoxos miembros de las castas superiores, a las cuales pertenecía el propio Gandhi, se atrevió a compartir su presencia con el Dr. Ambedkar, máximo líder de los parias de la sociedad india. Con ello Gandhi gritaba al mundo que en su corazón la igualdad era principio cardinal y que la religión, si bien parte fundamentalmente de su autoridad moral, no interfería en la justicia social que el gran hombre pregonaba.

El método de la lucha no violenta, su más grande aporte al mundo colonizado por las fuerzas imperialistas, fue muestra inconfundible de su habilidad política. Inspirado en elementos religiosos (cristianismo), histórico (experiencias de lucha en su destierro africano y en la evolución de la civilización) y conocedor de las debilidades psicológicas del colonizador, creó la herramienta de lucha más compleja con la que debe lidiar un opresor. Él entendió en los años 30 que la aldeanización del planeta hacía especialmente vulnerable ante la opinión pública a las grandes potencias. En un mundo donde el equilibrio era tan precario ante la insurgencia de las nuevas potencias capitalista, ansiosos de arrebatarse mercados al progenitor del imperialismo industrial, mostrarlo bajo su verdadera faceta de explotador y represivo era la oportunidad de oro para esos insurgentes en la desacreditación de la vieja potencia. Podemos afirmar que la independencia de la India era un hecho antes de la segunda Guerra Mundial, única razón de su retaso. Esa independencia fue fruto del método de la lucha política de Gandhi.

La austeridad como forma de vida era por su parte inherente a la filosofía de vida del este hombre. Mal podría un político reclamar respaldo popular, si el pueblo pobre y su mayoría campesina, no se veía reflejado en el comportamiento de ese individuo. Como pedir sacrificios si no estás presto a sacrificarte, era una de sus máximas favoritas. El ejemplo personal fue la base de su inmenso prestigio y autoridad moral. Hoy debería ser su vida estudio obligatorio de todo aquel que desee dedicarse a la actividad política.

Una última referencia al reconocimiento de los puntos débiles de la nación y del individuo. Esta particularidad de Gandhi político le permitía analizar en su justo detalle los errores cometidos en su papel dirigencial y rectificarlos, sin mostrar señales de prepotencia o de falsa humildad en el reconocimiento de la falta cometida. Lástima que esta condición no fuera también patrimonio de sus enemigos, quienes el 30 de enero de 1948, cuando más cerca estaba Gandhi de lograr la unidad de los indios, cercenaron su vida en otra aciaga tarde para la especie humana.

Sin embargo, el hombre político era también un hombre normal como los demás. De alguna manera, se sentía insatisfecho por no cumplir con el precepto religioso hinduista que pregonaba la abstinencia sexual como peldaño en la ruta del retiro del deseo mundano que permitirá alcanzar el status de hombre santo. Después de todo soy sólo un hombre, decía cuando los eventos parecían abrumarlo. En estos días de confusión y pérdida del rumbo: ¡Cómo necesitamos de ese tipo de hombre;